

El patrimonio cultural inmaterial en conflicto armado: las repercusiones de la guerra civil en los juegos tradicionales en la comarca del Jiloca

Raquel Lucas Recio

Historiadora del Arte y Antropóloga.

Coordinadora de Deportes en la Comarca del Jiloca (Teruel)

INTRODUCCIÓN

Los juegos tradicionales de los niños y niñas constituyen una parte importante del patrimonio cultural intangible. Los niños y niñas, a través del juego, construyen su identidad, aprenden los valores de su sociedad, asimilan tradiciones lingüísticas y culturales. La práctica y la transmisión de estos juegos tradicionales están en riesgo, especialmente en momentos de conflicto armado. Por esta razón es necesario que, por un lado, se crean políticas adecuadas para conservar estas manifestaciones culturales y, por el otro, estudiarlas y difundirlas para que no desaparezcan de la memoria colectiva de una sociedad.

El objetivo principal de este artículo es poner de manifiesto este riesgo de pérdida de los juegos tradicionales en un momento de conflicto armado, estudiando las repercusiones de la guerra civil en los juegos tradicionales en la Comarca del Jiloca en Aragón. Los años del conflicto, cuyo máximo exponente se concretó entre julio de 1936 y abril de 1939 en la denominada guerra civil española, supusieron una importante ruptura de los procesos sociales y culturales que tuvieron lugar en España durante las primeras décadas del siglo XX (Santos Juliá, 1999). En dicho período se desencadenaron una serie de alteraciones sociales, que discurrieron paralelamente a la llegada al gobierno de nuevos partidos y que desembocaron en la proclamación de la II República. Los cambios que pretendieron realizar las nuevas administraciones fueron frenados por el levantamiento militar que ejecutó una parte del ejército, apoyado por

la mayor parte de los poderes fácticos del país, y también por los Estados fascistas europeos de la Alemania nazi y la Italia de Mussolini.

El levantamiento militar dio paso a una guerra fratricida y, tras ella, a la posterior instauración de una dictadura militar cuya duración se prolongó casi cuarenta años. El medio rural aragonés y en concreto el territorio que hoy día viene a conformar la Comarca del Jiloca, vivió el conflicto aludido de una manera muy intensa, ya que prácticamente toda la comarca inició el período de la guerra inmersa en la denominada *zona rebelde* (Aldecoa, 2009: 207), la cual fue invadida progresivamente por las denominadas *tropas nacionales* mediante ataques sucesivos que situaron el frente militar o dentro de la misma o muy próximo a esta.

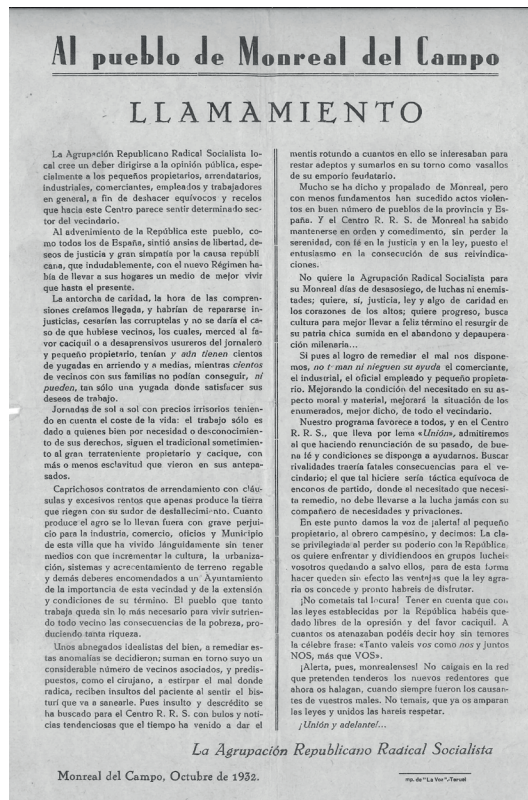
El hecho de estar inmersa en la zona de enfrentamiento directo entre los dos bandos afectó de manera especial a la comarca estudiada, pues sus habitantes sufrieron las acciones bélicas que se producían, y también la represión y las purgas hacia aquellos que se habían identificado con uno de los dos bandos durante la República. En este sentido, Alegre (2018: 412) destaca la importancia y la participación directa a la que en muchos casos se obligó a la población civil en el conflicto, así como[...] su papel fundamental en el esfuerzo de guerra, al ser requeridos sus servicios por parte de ambos ejércitos desde el principio de la batalla en el cumplimiento de las más variadas tareas; la obligación de compartir sus viviendas con la tropa en muchos casos, dada la falta manifiesta de acantonamientos adecuados; y, finalmente, la situación de exposición en que quedaban los paisanos por las constantes requisas efectuadas por las tropas ocupantes de ambas retaguardias. De hecho, los civiles desarrollaron sus propias estrategias de supervivencia.

Todos estos acontecimientos afectaron de forma singular a la estructura social que se tejió a principios de siglo, influyendo en las gentes y en su forma de relacionarse, la cual se vio rápidamente alterada por los cambios generados tras el golpe de estado (Benedicto, 2006: 242). «El fin de la contienda no trajo la paz a los españoles, sólo les regalo orden, pero orden policial. Cientos de miles de personas se vieron obligadas a enderezar drásticamente su comportamiento y vida de acuerdo con las exigencias políticas y sociales del nuevo Estado» (García y González, 1994: 583).

Estas alteraciones generadas afectaron sustancialmente al fenómeno social del juego tradicional, hecho que puso de manifiesto la importancia de lo ocurrido en este momento histórico y sus consecuencias. El estudio de cómo este rasgo caracterizador de la cultura se vio alterado, fruto de las consecuencias del conflicto, ayuda a comprender la magnitud del mismo y su capacidad de influencia en las personas que lo vivieron y en sus relaciones sociales y culturales. Además, pone de manifiesto cómo se pierden estas manifestaciones culturales durante un conflicto armado y cómo se debe proteger la ludodiversidad que, en algunos casos, solo persiste ya en la memoria colectiva.

El juego es considerado como un ente constitutivo de la cultura humana que ha acompañado su proceso de evolución (Huizinga, 1943:15) haciéndose evidente ya en sus inicios. Todas las sociedades y culturas han participado del juego (Adell y García, 1999). Por lo tanto, estudiar las repercusiones del conflicto bélico en el juego tradicional favorece la comprensión global de su influencia en la sociedad que lo sufrió.

El trabajo se ha abordado desde una perspectiva socio-histórica en la que se han utilizado fuentes tanto directas como indirectas vinculadas a documentos históricos de la época. La información extraída de las mismas se ha contrastado con la proveniente del relato que aportan las entrevistas a diferentes personas de la Comarca del Jiloca que vivieron en primera persona estos drásticos acontecimientos y que, bien a partir de sus historias de vida o en discusiones en grupo organizadas en algunas de las poblaciones pertenecientes al área geográfica investigada, han contribuido a dibujar con precisión las alteraciones vividas y su reflejo en los cambios en el modo de abordar el juego.



LA SOCIEDAD EN LA COMARCA DEL JILOCA, LAS DÉCADAS ANTERIORES A LA GUERRA CIVIL, DURANTE LA GUERRA Y LOS AÑOS DE LA DICTADURA

La población y su evolución en las primeras décadas del siglo XX

En 1900 España seguía siendo un país agrario y esta situación no cambió a lo largo de las primeras décadas del siglo. Al igual que ocurrió en el resto del país a principio del siglo XX, en la Comarca del Jiloca se produjo un crecimiento demográfico en las localidades que se asientan en el corredor del río Jiloca, tanto por ser zona de vega, como por tener las vías de comunicación. Pero no ocurrió lo mismo en los pueblos que se encuentran diseminados por las diferentes sierras, que, al contar con menos tierras aptas para el cultivo y peores vías de comunicación, sufrieron una pérdida de habitantes en este periodo de despegue demográfico de la práctica totalidad de España. «La catástrofe de la Guerra Civil no solo tuvo consecuencias económicas y políticas, también influyó en la demografía, al aumentar la mortalidad y disminuir la natalidad, parte de los fallecidos estaba en edad de reproducirse» (Aldecoa, 2009: 19).

La actividad económica y su distribución

La industrialización del campo no llegó hasta los años 60, por lo que la economía rural era muy precaria, con la propiedad en manos de muy pocos, y siendo jornaleros la mayoría de la mano de obra. La economía de la provincia de Teruel estaba fundamentada en la agricultura, y en menor medida en la ganadería. Era el sector de los cereales el de mayor importancia, aunque muy atrasado, puesto que se cultivaba con técnicas tradicionales sin apenas mecanización, lo cual daba pie a escasa producción con abundante mano de obra, dirigida al autoconsumo y, en menor medida, a la comercialización de los pocos excedentes, de azafrán, remolacha o vid. «La estructura social agraria estaba dominada por los asalariados: según el censo de población de 1920, en torno a dos tercios de la población activa agraria figuraba como no patronos» (Casanova, 2006: 34).

En la Comarca del Jiloca se repetía este modelo prácticamente en todas sus poblaciones a excepción de Ojos Negros, por contar con la explotación minera de Sierra Menera o en el caso de Caminreal, con la estación de ferrocarril. En el resto de las poblaciones, aunque podían contar con pequeñas empresas, el grueso de la población vivía del producto agrario, trabajando como jornaleros

Estructura social

La situación social los años anteriores a la contienda fue de gran agitación, la instauración de la República permitió que muchos de los jornaleros, frecuentemente animados por intelectuales de la localidad como maestros, médicos, secretarios y personas con mayor nivel cultural, se asociaran a partidos políticos o en centros obreros o, como se solían denominar, casas del pueblo. Se trataba de espacios construidos con la colaboración de todos los socios, bien con aportación económica o como mano de obra, según las posibilidades de cada uno. En estos locales se daban clases de alfabetización para enseñar a leer y escribir y se organizaban actividades culturales, como teatro, música, fiestas. Por supuesto, el juego también estaba presente en los momentos de ocio, pero se prohibieron los juegos de azar y las bebidas alcohólicas por considerar que no eran buena influencia (Aldecoa, 2009).

En la Comarca del Jiloca se celebraban para sus fiestas mayores, carreras pedestres, denominadas carreras de pollos. El nombre les venía dado por los premios que se otorgaban a los ganadores, que consistía en un pollo para el tercer clasificado, dos para el segundo y tres para el primero; todos ellos, animales vivos. Las necesidades y escasez que había en las familias se transformaban en fiesta grande cuando algún miembro de la familia ganaba la carrera. Eran pruebas de gran arraigo en las poblaciones aragonesas, durante los años de la República tuvieron mucha fuerza, cómo una exaltación de la cultura popular (García y Adell, 1987:26).

La República fue una época bastante convulsa, donde se vivió una gran división social entre la clase trabajadora, jornaleros principalmente y, por otro lado, los dueños de las tierras y agricultores propietarios. En la localidad de Monreal del Campo la Agrupación Republicana Radical Socialista realizó varios escritos, que se distribuyeron casa por casa por toda la población. En ellos se animaba al resto de los vecinos a asociarse en la agrupación y también se increpaba a los terratenientes, acusándolos de priorizar la contratación de jornaleros que no participaban en partidos de izquierdas, negando el trabajo a los que sí militaban en ellos. Estas situaciones llegaron a generar divisiones y mucha crispación social.

Al día siguiente de proclamarse el levantamiento, denominado por los sublevados como *Nacional*, los miembros de la Guardia Civil en la provincia de Teruel, a órdenes de sus superiores en la capital, fueron pueblo a pueblo, clausurando los ayuntamientos. La Comarca del Jiloca cayó prácticamente en su totalidad en zona nacional, por lo que los que habían destacado como miembros de los partidos de izquierda se vieron obligados a marchar o fueron fuertemente represaliados. En muchos casos, las consecuencias fueron la muerte y en otros, si consiguieron huir, fueron sus familias las que sufrieron la represión. «Báguena [...] no se puede hablar de destrucción de infraestructuras, pero sí de muertes, de odio y heridas que costó cerrar, de miseria que se prologó en el tiempo y de cuarenta años de ausencia de libertad» (Pardillos y Juste, 2018).

El periodo durante el que duró la guerra se ha recordado como un periodo de miedo, fusilamientos y represión sobre las personas que se habían manifestado en los bandos de izquierdas. Pero, por otro lado, también se recordaban actos anónimos de apoyo a familias de las víctimas, e intentos de que las represalias se redujeran al máximo, con resultados no del todo

satisfactorios. (J. L. Lucas, C. Lucas, I. Lucas y F. Peribáñez, comunicación personal, 21 de octubre de 2008). Todas estas situaciones fueron calando en las personas que tuvieron que vivir estos momentos, afectando a su forma de vida y transformando muchas de sus costumbres y tradiciones.

ACTIVIDADES LÚDICAS Y CULTURALES EN LA COMARCA DEL JILOCA EN LAS PRIMERAS CUATRO DÉCADAS DEL SIGLO

El juego en los años previos a la Guerra Civil

El juego estaba presente en el día a día de los pueblos. Tenemos que remontarnos a ese momento donde los adelantos tecnológicos no existían y como mucho, una o dos veces al año se podía acudir a una representación teatral o de títeres. Acontecimiento que ni siquiera se daba en todas las localidades. El juego era mucho más que un simple entretenimiento, era un acto cultural que servía como cohesión social y como elemento educativo, donde niños, niñas y mayores aprendían o mostraban educación, nobleza, urbanidad, astucia y también decencia. Con la práctica del juego se aprendía a socializarse, además del entretenimiento intrínseco. Los mayores eran ejemplo para los pequeños que, a su vez, a base de observar y practicar, aprendían los juegos. Aunque en algunos casos, no se les dejara participar hasta que no se considerase que tenían edad suficiente para ello.

La mayor parte de los juegos tenían una relación directa con los trabajos del campo y la vida del pueblo tanto en el juego como en los materiales que se utilizaban para su desarrollo. Por ello podemos afirmar que se trataba de un patrimonio inmaterial de gran importancia para mostrar la cultura de nuestra Comarca. Los juegos que se practicaban eran de muchos tipos, desde los que el objetivo era el puro entretenimiento, hasta aquellos en los que se jugaban algunos cuartos y en ocasiones, acababan en reyertas. Pero la mayoría de los juegos eran por pura diversión. No podemos olvidar que el dinero “no se movía alegremente” y que, por tanto, era difícil jugarse lo que no se tenía. Las apuestas solían ir más encaminadas a ganar un “chato de vino”, o a mostrar el orgullo de ser el más fuerte, el más ágil o el que mejor puntería tenía.

Las reuniones para jugar eran algo del día a día. Los hombres lo solían hacer en los *carasoles*, los días de mucho frío que no se podía salir al campo, por las tardes, al terminar la jornada y los domingos o fiestas de guardar. Sus juegos estaban siempre muy vinculados a la apuesta, aunque como se ha dicho anteriormente, fueran apuestas de orgullo y valentía más que económicas. Cuando la apuesta se realizaba en la taberna, entonces sí que se solía apostar el chato de vino, al igual que con los partidos de pelota.

Son muchos los juegos que se practicaban entre los hombres y jóvenes: el juego de pelota que se jugaba en los trinquetes, en la pared de la iglesia o donde el tipo de pared lo permitía; el tiro de barra, la bola, los bolinches, las *charpas*, el tanganyillo, el tiro de palo... eran tantos los juegos, que es casi imposible enumerarlos a todos (A. Allueva, comunicación personal, 18 de agosto de 2006).

Los juegos de mujeres estaban más vinculados a la diversión, sin apenas mediar la apuesta, lo que se buscaba era socializarse y eso era lo que se conseguía. Entre los más habituales estaba el juego de los bolos o birlas, que se denominaba de una manera u otra dependiendo si se jugaba en la zona del valle (bolos) o en las sierras (birlas).

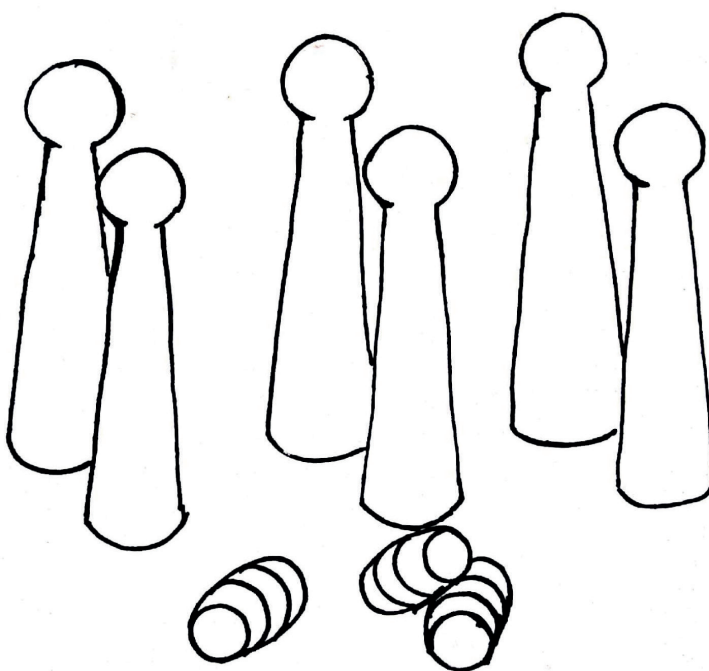
En Monreal del Campo, localidad donde ha habido tradicionalmente una gran afición al juego de bolos, al comienzo de la jornada y por barrios, cada mujer salía a la puerta a barrer la calle o simplemente a dar los buenos días. A primera hora de la mañana comenzaban a abrirse las puertas de las casas y así permanecerían todo el día. Sacaban su bolo y bola, en caso de tenerla. Lo más habitual era tener el bolo, las bolas solían estar en la casa más cercana a la zona de juego o tiradero. Lo primero que se hacía era tirar a la línea para formar las parejas y el orden de tiro. Las parejas eran aleatorias según se había tirado y lo cerca o lejos de la línea que hubieran conseguido dejar su bolo. Cuando las parejas y el orden se habían estipulado, comenzaba el juego, que transcurría de manera continua a lo largo de la mañana, y claro está, mientras se realizaban las labores de la casa: cocinar, limpieza, arreglo de las habitaciones, etc. Todas jugaban con todas, era el juego del barrio. Cuando alguna se casaba y cambiaba de calle, pasaba a jugar con otro grupo. Cada una pertenecía al barrio donde vivía. A las niñas se les dejaba tirar alguna vez, pero fuera del juego, y a las jóvenes se les permitía jugar cuando ya se les conside-

Imagen 1.
Bolinches

raba mayores y eran capaces de lanzar la bola desde la línea del tiradero. El juego comenzaba cuando las parejas se habían formado y, de dos en dos, comenzaban a jugar. Entre las mujeres había la suficiente confianza para no hacer trampas, contar correctamente los bolos tirados y lanzar con las normas establecidas. Era una prueba de convivencia y saber estar, a la par que una forma de relacionarse y de estrechar lazos de amistad y vecindad (P. Marco, P. Aldecoa, comunicación personal, 28 de julio de 2006).

La vida en los pueblos ha tenido tradicionalmente como característica muy positiva la amistad entre vecinos, el apoyo en los momentos difíciles y la ayuda, tanto en las labores del campo, como la unión para las celebraciones. La práctica del juego ayudaba a fortalecer estas relaciones.

El juego de los niños y niñas era muy variado. A los juegos de puntería, habilidad y fuerza de los adultos se unían diversos juegos de correr, saltar, esconderse o buscar. En muchas ocasiones se asemejaban a los de los mayores, les gustaba imitar lo que ellos hacían y, de esa manera, se transmitían de padres y madres a hijos e hijas. La mayor parte de los juegos tienen una relación directa con los trabajos del campo, es una continuidad de las diferentes labores que se desarrollaban en la agricultura y la ganadería.



El juego durante la guerra civil

La contienda truncó estos encuentros. Los momentos de ocio que acompañaban a las reuniones de la gente y su socialización se rompieron con el comienzo de la guerra civil (C. Solozábal, M. Fernández, comunicación personal, 26 de septiembre de 2007).

Son muchos los estudios sobre la Guerra Civil, pero ha sido muy difícil el reflejar las verdaderas consecuencias y la vida del día a día de las personas que la sufrieron. Pérez Ledesma, en su estudio *La Guerra Civil y la historiografía: No fue posible el acuerdo* (2006) presenta las diferentes maneras de enfocar el estudio de la historia en torno a la guerra civil teniendo en cuenta el momento en el que se realiza y desde qué parte se hace (vencedor o vencido). También tiene en cuenta si el relato parte de escritores españoles o hispanistas extranjeros. Cada momento y punto de vista nos muestran unos resultados muy diferentes. La guerra civil ha generado mucha literatura y sigue siendo motivo de confrontación al ser relatada por los intelectuales.

En cuanto al ciudadano de a pie que vivió la guerra y más tarde la dictadura, la mayoría llegó a la democracia con muchos miedos que les han impedido relatar ese periodo que vivieron, en muchos casos siendo muy niños. Fueron momentos que prefirieron olvidar y no hablar de ellos, pero al hablar de su vida cotidiana, de una manera u otra, terminan saliendo y nos van dando pistas de momentos, en algunos casos felices y en muchos de gran tristeza, porque fue entre la gente anónima donde más se vivió esa sinrazón que fueron los años de la guerra y, posteriormente, los de la represión durante la dictadura.

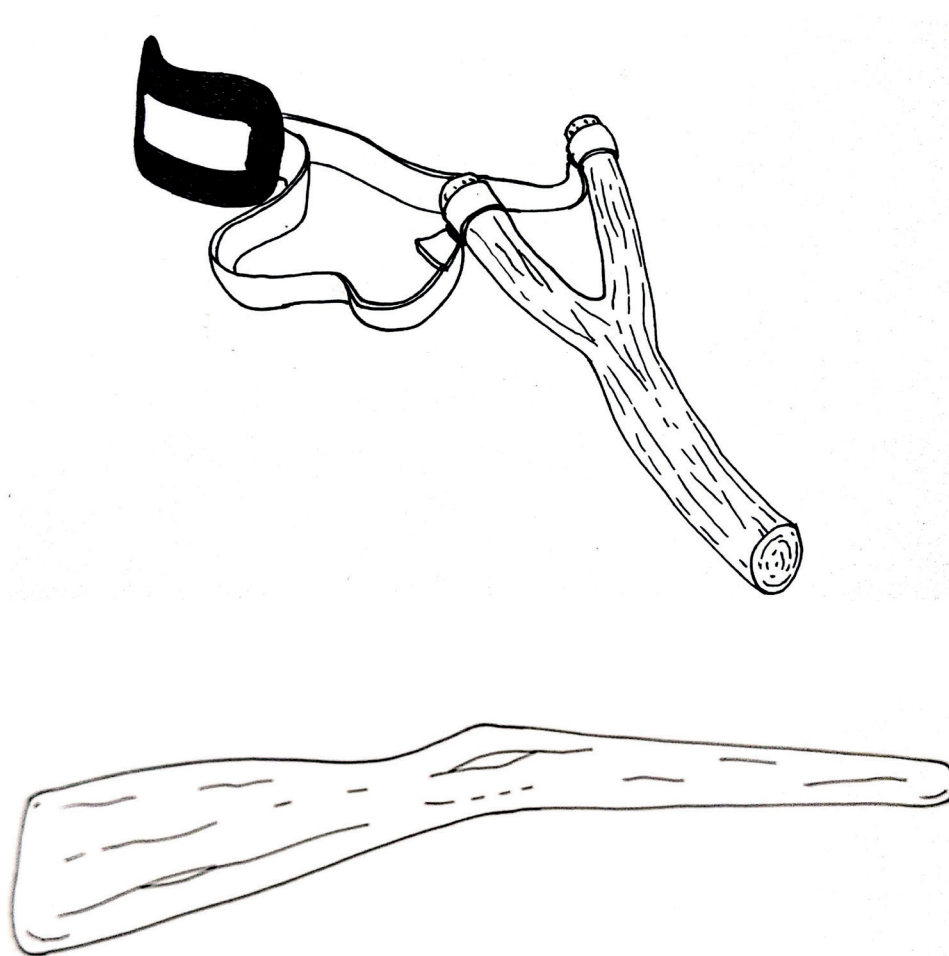
En cualquier caso, la visión del periodo está dominada por el hambre y el desabastecimiento. De hecho, la vida de las clases populares contrasta con la de las nuevas autoridades, que consolidaron e impusieron nuevas jerarquías en todos los aspectos de la vida social y económica. Esto se tradujo en la explotación laboral, siendo habitual el trabajo infantil, la ausencia de cualquier tipo de protección y los abusos contra los trabajadores (Alegre, 2018: 418).

Imagen 2.
Tirachinas.

Los miedos con los que se vivía impidieron la vuelta a la normalidad, la gente vivía de puertas adentro en sus casas y apenas se salía a la calle, las posibles represiones o denuncias afloraban en el pensamiento. Se prohibió que se realizaran reuniones de varias personas. Más de dos podía ser denunciado o considerado sospechoso.

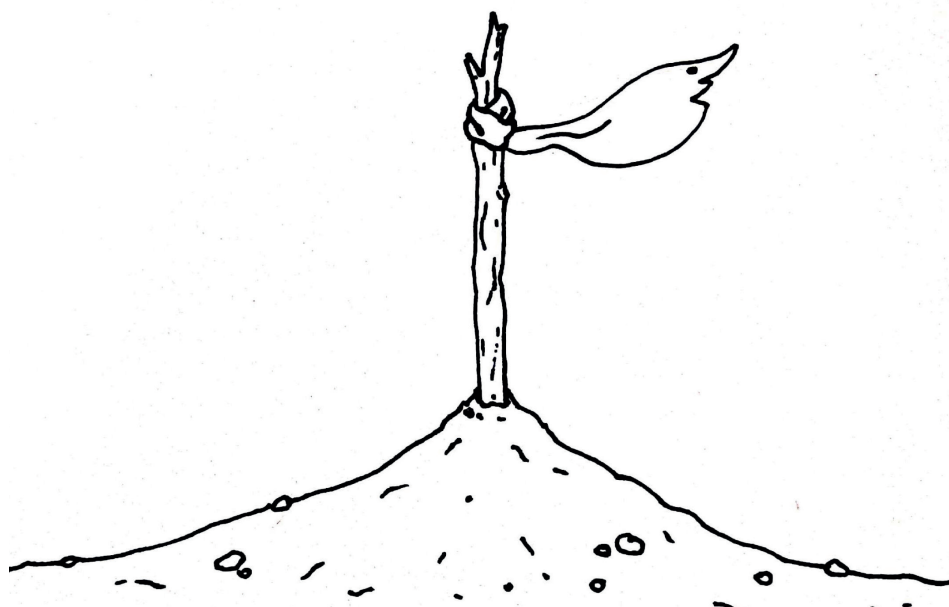
Imagen 3.
Fusil.

La incorporación a filas de los jóvenes y los enviados al frente como represión, dejaron a los pueblos con muy pocas manos para sacar las familias adelante. Este hecho, unido a la escasez y a las confiscaciones de animales de carga y de alimentos que se realizaron para atender a las tropas, así como el alojamiento de militares en sus propias casas, mermó los recursos de los habitantes de los pueblos. El tiempo de ocio apenas existía. Solamente aguantaba entre las chicas jóvenes que siguieron con el juego de bolos, ya que era lo que les permitían hacer en ausencia de su novio y los niños y niñas que, aunque conscientes de lo que ocurría, siempre encontraban un momento para el juego.



El juego de los niños y niñas imitaba lo que se vivía, emulando a los mayores, y por ello, se realizaban juegos muy violentos que pretendían simular los campos de batalla. En Sierra Menera nos cuentan que se hacían fusiles de madera (J. Sanz, comunicación personal, 17 de marzo de 2008); en Villar del Salz, hacían pistolas bastante más peligrosas, con una caña y una ballesta que la sacaban de las fajas de las mujeres, y con balas de verdad, que recogían de los campos (P. Urrea, J. Isarria, P. García, comunicación personal, 20 de julio de 2007). Muchos de los juegos que más se practicaban a nivel infantil tenían influencias del momento que se estaba viviendo: repelea, la corona, la bandera, bote... se jugaban en localidades como Loscos, Singra, Cosa o Villalba de los Morales. En este tipo de juegos se hacían dos equipos y había un elemento que uno de los dos equipos protegía y el otro lo intentaba tomar (F. Torrijo, M. Del Val, comunicación personal, 17 de julio de 2007). También se practicaban juegos más violentos, como en el que formaban dos equipos y atrincherándose comenzaban a tirarse piedras, en algunos casos como en Bueña (C. Gimeno, comunicación personal, 13 de agosto de 2007), si un equipo se rendía, eran arrastrados hasta el campamento del ganador.

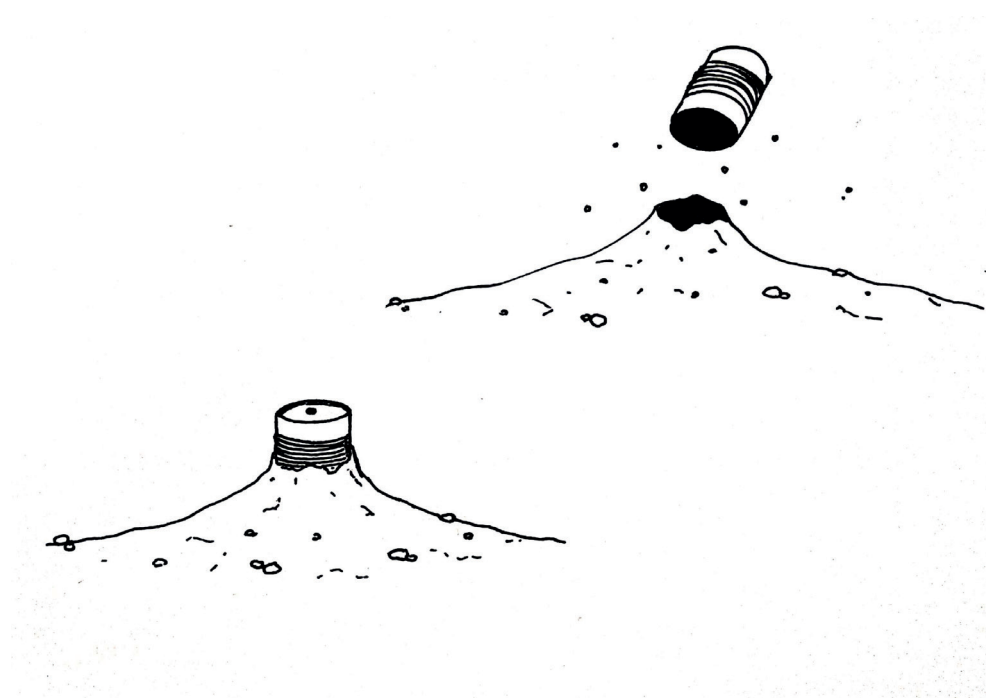
Imagen 4.
Robar la bandera.



Otro juego muy peligroso y que nos confiesan en muchas localidades que lo llevaban a cabo, era *el antiario* (E. Serrano, M. Gracia, comunicación personal, 27 de julio de 2007) (P. Urrea, J. Isarria, P. García, comunicación personal, 20 de julio de 2007; C. Gimeno, E. Martín, F. Gracia, J. Gimeno, comunicación personal, 13 de agosto 2007), en municipios como Villar del

Imagen 5.
Antiaéreo.

Salz, Barrachina, Cosa, Bueña, Corbatón, Lanzuela o Ferreruela. Así que podríamos afirmar, sin temor a equivocarnos, que se realizaba en toda la comarca. El juego consistía en hacer un agujero en el suelo y llenarlo con los restos que se abandonaban de los carburos. Sobre ellos se ponía agua y una lata con un agujero en el centro y se tapaba, dejándolo como si de un volcán se tratara. Se practicaban varias modalidades: cuando salía el gas, se prendía, para que el bote saltará por los aires, o bien se hacían dos equipos, uno que lo protegía y otro que tenía que intentar poder encenderlo. Juntaban pólvora que encontraban de bombas y balas y con ella, hacían sendas que prendían fuego, manipulando estos proyectiles. Se han dado muchos casos en los que, con la explosión, se perdieron varios dedos o incluso la vida. Curiosamente, cuando relataban estos juegos, nombraban a amigos que perdieron en ellos, e incluso nos enseñaban la mano con varios dedos amputados, y reconocían que, a pesar de las consecuencias, se seguían realizando. Incluso con la prohibición de los mayores, que les insistían en que no buscaran restos de metralla, ni que la manipularan. Los informantes insistían en que eran juegos de niños y en cuanto podían, lo volvían a hacer. Comentaban que un ala del hospital de Teruel estaba destinada exclusivamente a los accidentes que sufrían los niños y niñas al manipular la metralla tras la guerra. Alegre en su libro sobre la batalla de Teruel nos dice «Que la contaminación de guerra hace peligrar de forma constante la integridad de los vecinos de los pueblos y la capital, sobre todo por la afición de los muchachos a jugar con los restos que encontraban por el monte» (2018: 419).



En las canciones que se cantaban en juegos de corro, de *paseillo* o de saltar a la comba, se incluían estrofas que hablaban de soldados y guerras (R. Moreno, A. Blasco, comunicación personal, 26 de enero de 2007), aprendían algunos romances de memoria y aunque al acabar la guerra dejaron de recitarlos, todavía los recuerdan.

Imagen 6. Zancos.

La falta de juguetes y materiales para jugar estimulaba la imaginación de los niños y niñas, que realizaban sus propios juguetes aprovechando al máximo los pocos materiales que tenían. En Sierra Menera (M. Vivas, I. Alcaine, A. López, J. Sanz, F. Sanz y V. Escolano, comunicación personal, 17 de marzo de 2008) nos cuentan que eran muy apreciados los botes de conserva que tiraban los alemanes, porque tenían el tamaño perfecto para hacer zancos. En Bueña se hacían un aro y una guía, que le llamaban la relincha, con alambre del que había quedado de la guerra.

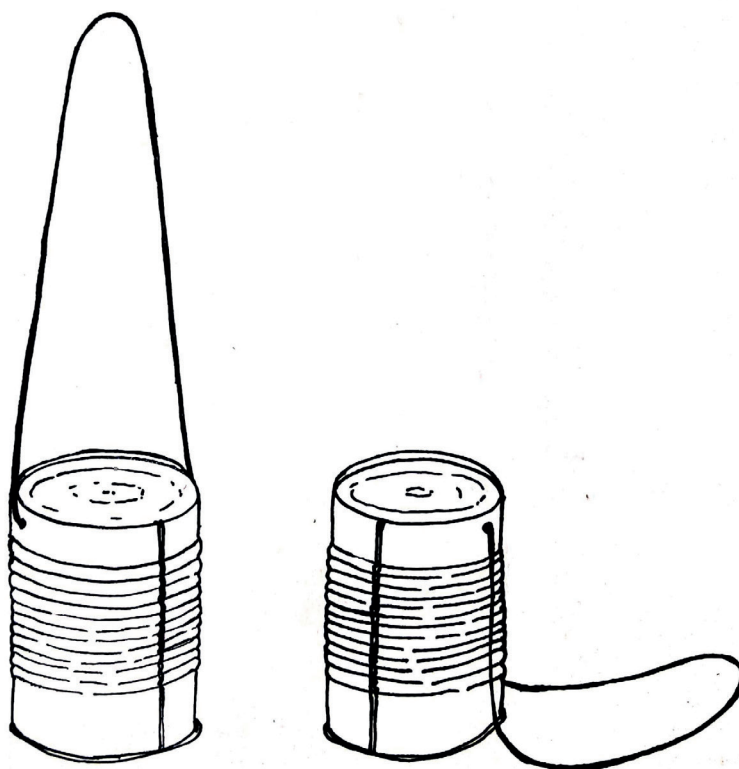
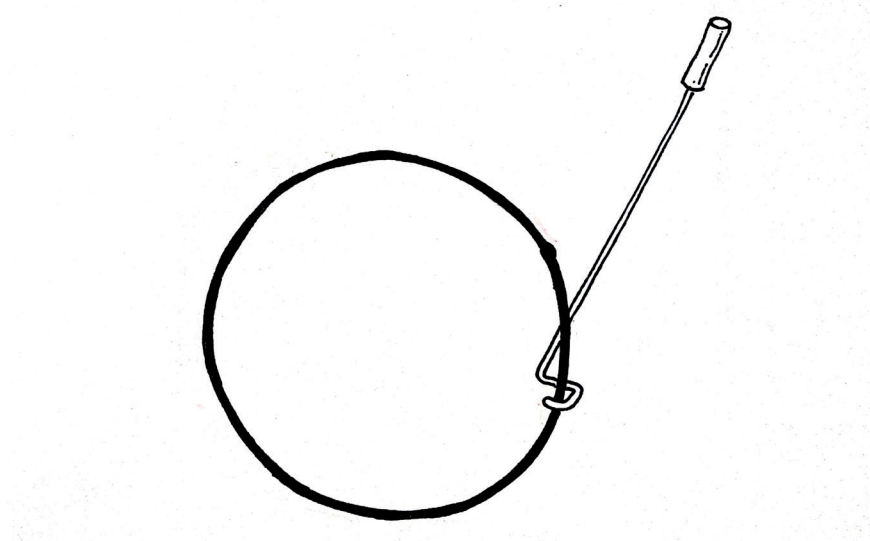


Imagen 7. Aro.

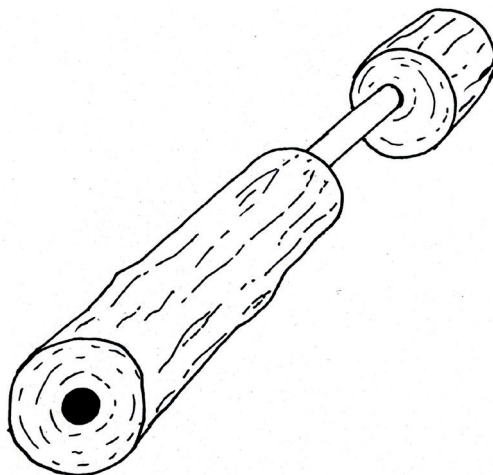


Los niños y niñas en la comarca del Jiloca, al igual que muchos de las zonas rurales de España, no fueron desplazados a otros países o enviados a colonias para evitar que vivieran la guerra en primera línea de fuego. Algo que sí que se realizó con niños y niñas de Madrid, Murcia, Barcelona, Cuenca o Albacete. Participar en las colonias o marchar a países donde se alejaron de la guerra, ha permitido que podamos acceder a dibujos y documentos donde los niños y niñas describen como jugaban antes de la guerra y durante la contienda. «Son documentos gráficos que también nos ayudan a entender tanto el sufrimiento de los niños y niñas como su capacidad de resistencia y, en consecuencia, les dan voz a ellos, directamente» (Huxley, 2019:20). Dibujos que se encuentran en la Universidad de California y en la Biblioteca de la Universidad de Columbia. También los podemos encontrar en la Biblioteca Nacional de España digitalizados. Se trata de una colección de más de 1.200 dibujos realizados por niños y niñas entre 1936 y 1939.

Es muy difícil conseguir información sobre juegos en el periodo de la guerra civil. Se ha podido conseguir a través de la tradición oral o de algunos escritos, como en el cuento *Patío de Armas* de Ignacio Aldecoa (1961) en el que autor utiliza el juego del *marro* para escribir un cuento sobre la guerra civil. Este cuento fue analizado por Francisco Juan Quevedo (1992) y nos plantea la posibilidad de poder reflexionar con los niños y niñas sobre las barbaridades de la guerra a través del cuento y del juego del marro como hilo conductor del relato. Sobre la importancia del juego del marro nos hablan de ello también Brasó Rius y Torrebadella Flix (2015).

Los niños y niñas absorbían todo lo que ocurría a su alrededor y lo manifestaban en sus juegos, que era la actividad que hacían con más naturalidad y creatividad. Fotografías de Centelles nos ilustran como los niños y niñas imitaban a los adultos en sus juegos, por muy crueles que nos puedan parecer las imágenes.

Imagen 8.
Trabuco.



EL JUEGO TRAS LA GUERRA CIVIL Y LA INSTAURACIÓN DE LA DICTADURA

La repercusión de la Guerra civil y la instauración de la dictadura en el juego tradicional

Tras la guerra civil, la vida en los pueblos cambió, habían muerto hijos y hermanos en la contienda, otros fueron fusilados por comentarios o afinidades políticas. Todo el mundo se conocía, unos tuvieron que aguantar y callar o incluso marchar, otros aprovecharon para sobresalir, se generaron silencios y se cerraron puertas.

A la violencia física se unió la psicológica. En Báguena, se elaboraron listas de vecinos de izquierdas que sembraron el miedo en sus familias, hubo burlas dirigidas a personas que habían perdido familiares en las purgas citadas anteriormente, se asustó, se amenazó, se dieron palizas y se humilló a mujeres cuyos esposos o hijos habían estado vinculados con la izquierda política, procediendo al rapado de sus cabezas (Pardillos y Juste, 2018: 149).

Desde luego, era mucho mejor no reunirse ni para jugar. El miedo se apoderó de la gente, que solamente se atrevían a trabajar y meterse en su casa. La presencia de los militares, unida a las represiones políticas, no animaba a destacar por nada.

El miedo no solo caracterizó los años en los que duró la contienda, sino que, posteriormente, continuó siendo un sello de identidad para la gente. Cuando había un grupo de personas, la guardia civil enseguida se acercaba, por lo que costó bastante que se restaurara la costumbre del juego, sobre todo de adultos. Al miedo a reunirse a jugar, se sumó la emigración, que poco a poco fue sangrando a los pueblos y, con la marcha de las personas, las tradiciones se comenzaron a perder. Solamente en localidades en las que estaban muy arraigados se conservaron tanto los juegos, como los espacios reservados a los mismos.

La muerte de jóvenes en la contienda también afectó al juego. En Odón al hablarnos de buenos tiradores de barra, nos nombran algunos que murieron en la guerra (T. Gil, G. del Val, L. Hernández, comunicación personal, 17 de julio 2007). En Blancas ocurre lo mismo hablando de jugadores de pelota (P. Esteban, J.P. Esteban, comunicación personal, 20 de julio 2007).

Al recordar los juegos, los años de la guerra se nombraban como un momento excepcional, donde las cosas se vivían de otra manera, y con un matiz de cierta tristeza.

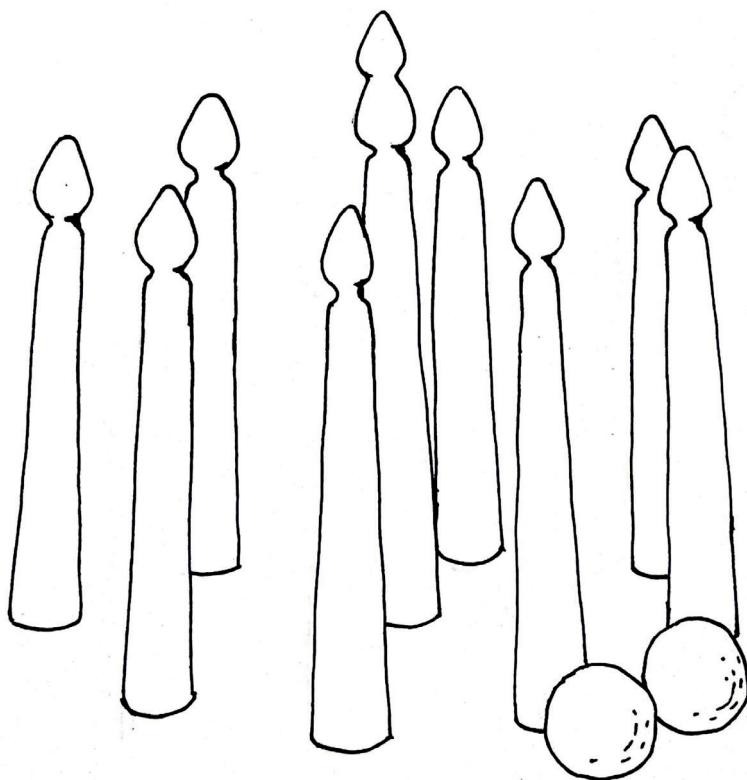
Las consecuencias nefastas de participar en la lucha armada fueron diversas. Al menos dos decenas de jóvenes de Báguena que lucharon en el bando sublevado se dejaron la vida en la batalla, pero también los hubo que regresaron del frente con secuelas físicas que les acompañarían el resto de su vida (Pardillo y Juste, 2018: 144).

Los juegos y las apuestas, a pesar de que en algunos casos se montaban verdaderas peleas, siempre las recordaban como algo positivo, no así los años de la guerra civil.

Consecuencias de la Guerra civil, en torno al juego tradicional

Imagen 9. Bolos.

Los *bolos*, juego de mujeres por excelencia, fue uno de los más afectados por la guerra. En Monreal, algunas de las informantes nos dicen que durante la guerra se dejó de jugar, otras nos afirman que no fue así, que sí que se jugaba; las que tenían el novio en la guerra decían que era a lo único que podían hacer fuera de casa sin estar mal visto, por no guardar la ausencia al novio. En localidades como Caminreal nos comentaban que cada vez se fue jugando con menor asiduidad, hasta que se perdió. En Fuentes Claras, el juego de *bolos* es un referente de tradición en la localidad. A día de hoy, todavía se sigue jugando, pero en los años de la guerra nos comentan que se dejó de jugar (M. Rodrigo, F. Breton, V. Zorraquino, comunicación personal, agosto 2006).



El juego se vio afectado de manera muy significativa: en los *bolos*, las parejas, ya no se podían hacer de forma aleatoria, (A. Cebrián, C. Malo, comunicación personal, 26 de septiembre 2007) pues algunas mujeres se negaban a jugar con la compañera asignada. Preferían no participar a tener que jugar con la que les había tocado. Estas actitudes generaron malas caras y abandono del juego, por lo que tuvieron que modificarse algunas reglas: las parejas dejaron de ser fortuitas, y se empezaron a juntar por amistad o afinidad, en un intento de que el juego continuara. Todos los juegos han ido sufriendo modificaciones a lo largo de la historia, y éstas consiguieron enriquecer o en algunos casos, como el que nos ocupa, conseguir que no desaparecieran. Se generaron rencillas a la hora de jugar e incluso hubo jugadoras que se cambiaron de barrio, llegando a perderse el juego en algunos barrios de gran tradición.

En cuanto a los juegos de hombres, durante la guerra se jugó muy poco, puesto que el juego estaba muy unido a momentos de ocio y diversión y la situación no era la más propicia. Monreal del Campo siempre se caracterizó por ser un pueblo de muchos corros de juego. La razón pudo ser porque la mayor parte de la población era jornalera y había poco trabajo en los meses del invierno y mucho tiempo libre. Por lo que reunirse en torno al juego era una manera de pasar el rato de una forma muy económica. Por suerte, aunque pasó por momentos muy críticos, se siguió jugando, bien por la propia tradición o por contrariar al poder establecido. Este hecho no queda claro, pero se consiguió que se continuara con el juego (A. Hernández, comunicación personal, 22 de enero 2007).

Tenemos constancia de que en otras regiones españolas algunos juegos también se continuaron practicando:

La importancia que tuvo el juego de bolos en la localidad de Boiro, el único municipio de la provincia de A Coruña donde sigue vigente este juego al más puro estilo tradicional, conservado sin haber sufrido ningún proceso de deportivización y donde los datos nos indican que nunca se ha dejado de jugar, ni tan siquiera en episodios tan duros como la Guerra Civil Española en el año 1936 o en el periodo de la posguerra (Rodríguez et al., 2015: 141-146).

CONCLUSIONES

Como conclusión al estudio podemos afirmar que la guerra civil marcó la vida de los habitantes de la Comarca del Jiloca y, por tanto, también sus costumbres y su forma de socializarse.

Analizando la vida de sus gentes se observó que el periodo de la vida que ellos recuerdan de ese momento era su niñez, adolescencia o incluso juventud, una época de la vida que tendría que ser recordada como momento feliz; pero, por el contrario, resultaron ser unos años difíciles con recuerdos de soldados, de búsqueda de metralla o de muerte de algún compañero por juegos infantiles con pólvora o balas encontradas en los campos; también de novios ausentes, de familiares muertos o desaparecidos.

Se sentía en sus relatos el miedo, la ruptura de lo cotidiano y, sobre todo, la resignación ante lo acontecido.

En la comarca del Jiloca el juego ha sido una identidad cultural, como hemos podido mostrar a lo largo de todo el artículo. El juego ha estado presente siempre y se ha considerado de gran importancia para los habitantes de la Comarca.

En el transcurso de la investigación sobre el juego tradicional, nos hemos encontrado con un hecho que se repetía con mucha asiduidad: cuando los informantes hablaban del periodo comprendido entre 1936 y 1939, así como de los años inmediatamente posteriores, aparecía la guerra en la conversación y se planteaba como un momento especial y con cierto silencio.

La guerra civil marcó un antes y un después en los juegos tradicionales, son muchos los factores que a lo largo de la historia han influido en la práctica de los juegos, pero la guerra y sus consecuencias fueron decisivas en cuanto al cambio de costumbres e incluso, hasta llegar a ser causa directa de la pérdida de su práctica en alguna de las localidades.

El hecho de que el juego en nuestra comarca haya estado muy arraigado en la población, siendo un elemento de cohesión social muy importante, es quizá, la razón de que a pesar de todo lo acontecido, no se perdieran las tradiciones en torno al juego, pero sí que se produjeran transformacio-

nes que facilitaron su continuidad, permitiendo que hayan llegado hasta nuestros días.

Por todo ello, como reflexión final, se puede afirmar que es imprescindible investigar las tradiciones, para que se sigan recordando. Se trata de un patrimonio inmaterial muy rico que, aunque ha sufrido transformaciones por la necesidad de poder perdurar, pasando de generación en generación, se perpetúa como un importante e irremplazable eslabón en la esencia de la cultura popular.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Adell, J.A. y García, C. (1999). *El fenómeno deportivo en Aragón. Del juego tradicional al deporte Moderno*. D.G.A. Departamento de Cultura y Turismo.

Aldecoa Calvo, S. (2006). Historia de Monreal, el crecimiento demográfico. En Benedicto Gimeno, E. (ed.). *Historia de Monreal del Campo* (pp. 150-154). Centro de Estudios del Jiloca; Ayuntamiento de Monreal del Campo.

Aldecoa Calvo, J.S. (2009). *La II República en Tierras del Jiloca (1931-1936). Entre el hambre de tierra y el despertar social*. Centro de Estudios del Jiloca (serie monográfica 20).

Alegre Lorenz, D. (2018). *La Batalla de Teruel, Guerra total en España*. La esfera de los libros.

Biblioteca Digital Hispánica, *Dibujos infantiles - España - 1936-1939*, recuperado de <http://bdh.bne.es/bnearch/Search.do?numfields=1&field1=materia&field1val=%22Dibujos+infantiles+-+Espa%c3%b1a+-+1936-1939%22&field1Op=AND&docLike-This=bdh0000029775&exact=on&advanced=true&language=es&fillForm=false&showBack=true>.

Brasó Rius, J. y Torrebadella Flix, X. (2015). El marro, un juego tradicional y popular en la educación física española (1807-1936). *Revista Complutense de Educación*, 26 (3), 697-719.

Centelles, A. (2006). *Las vidas de un fotógrafo 1909-1985*. Institut de Cultura del Ayuntament de Barcelona y Lunweg Editores.

García, C. y Adell, J.A (1987). *El pedestrismo en Aragón*. Diputación General de Aragón.

García, F. y González, J.M. (1994). *Breve historia de España*. Alianza Editorial.

Huizinga, J. (1943). *Homo Ludens, el juego como elemento de la historia*. Editorial Azar.

Huxley, A. (2019). ¡Y todavía dibujan! 60 dibujos de niños y niñas durante la Guerra Civil. Prólogo, traducción y notas de Leticia Fernández Fontecha. Ediciones la uña RoTa, S.L.

Juliá, S. (1999). *Víctimas de la Guerra Civil*. Temas de Hoy.

Pérez Ledesma, M. (2006). *La Guerra civil y la historiografía: no fue posible el acuerdo*. En Juliá, S. (ed.), *Memorias de la guerra y del franquismo* (pp. 101- 133). Taurus.

Quevedo, F. J. (1992). El cuento como atracción a la lectura "Patio de Armas" de Ignacio Aldecoa. *El Guiniguada*, 3 (1): 167-174.

Rodríguez Fernández, J. E.; Pazos Couto, J. M. y Palacios Aguilar, J. (2015). Evolución histórica del juego de bolos en Boiro. *Retos*, 28: 141-146.

Pardillos, D. y Juste, M.H (2018). La guerra Civil Española desde una perspectiva local: Báguena (Teruel). *Xiloca*, 45: 111-160.

Agrupación Republicano Radical Socialista (octubre de 1932). *Llamamiento al pueblo de Monreal*. Monreal del Campo.

Agrupación Republicana Radical Socialista (noviembre de 1932). *Carta dirigida al señor presidente de la Agrupación Republicana Radical Socialista de Monreal del Campo, de Don Antonio Valero de Bernabé*. Madrid.

Agrupación Republicana Radical Socialista (noviembre de 1932). *Carta abierta a don Antonio Valero de Bernabé por la agrupación Radical Socialista*. Monreal del Campo.